

“El caso Savolta”

Alberto García Ferrer

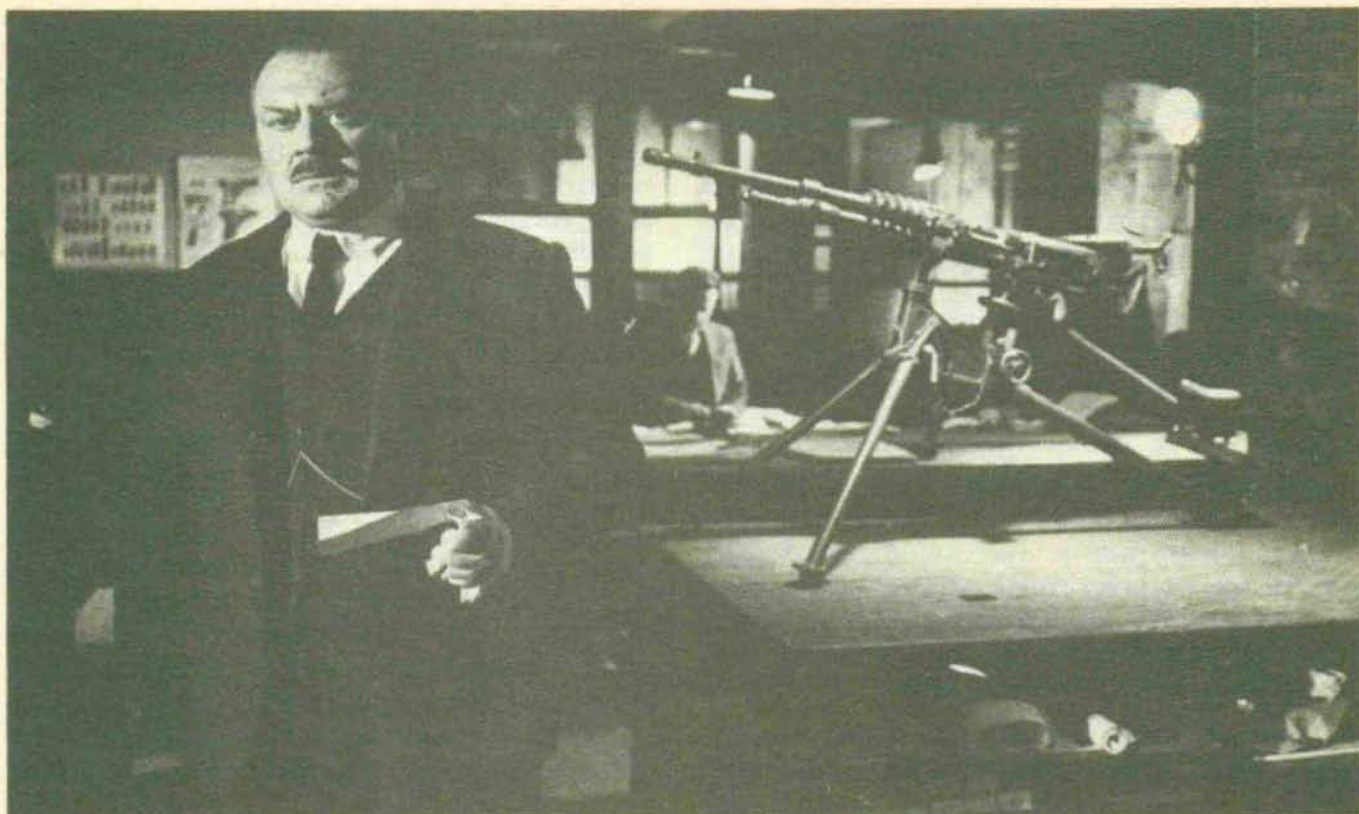
Savolta sube por la escalera principal envuelto en su túnica. Delante suyo tiene un gran vitral y en la base de éste, los peldaños se bifurcan a izquierda y derecha, simétricamente.



Antonio Drove (en el centro de la fotografía) durante el rodaje de la película (a su izquierda, José Luis López Vázquez).

SU paso es vacilante porque intuye, demasiado pronto o desesperadamente tarde, que van a matarlo. Se vuelve hacia la gente, sus invitados, sus amigos, sus socios, su familia. Sabe que entre ellos hay alguien que ha planificado su muerte como un acertijo implacable. Es el suyo un gesto de

lucidez último y certero. A sus pies, al pie de la escalera, tiene a Leprince, el arlequín. Por un momento las miradas se cruzan: es el «¡Tu quoque, Fili mihi!» de César ante la traición de Bruto. Pero sin el dolor de aquél, sin la grandeza que da a la muerte la acción física directa, comprometedora del conspi-



Una escena de «La verdad del caso Savolta», de Antonio Drove.

rador. Savolta muere abatido por las balas, por mediación de terceros, innominados ejecutores de una muerte comprada. En Savolta sólo anida la frustración de haber perdido, sin saberlo, su más grande inversión: su vida.

Un momento importante del film de Antonio Drove «La verdad sobre el caso Savolta», basada en la novela de Eduardo Mendoza, como es la eliminación del industrial, configura sólo el preludio de una larga noche para el movimiento obrero catalán. Sólo un acto más, imperceptible tal vez, anunciador de las décadas sombrías que se avecinaban a nivel mundial. Y es, sobre todo, el nudo de una historia impecablemente narrada, precisa e inquietante como la fotografía cargada de oscuridades opresivas de Gilverto Azevedo, abierto a un epílogo angustiante.

Antonio Drove estructura la historia sobre seis personajes fundamentales que funcionan en un sistema de complementación - oposición - sustitución, que se ejerce horizontal y verticalmente: Savolta-Camp de Deu, Leprince-Miranda, Pajarito De Soto. Personaje colectivo: los trabajadores. Uno de estos personajes actúa al mismo tiempo como catalizador y distanciador de la acción: Leprince. Es el personaje que razona más fríamente. Apoyado en el balcón, mirando el laberinto verde de ligustrina, intuye un futuro difícil, una época dura marcada

por luchas despiadadas, y quiere ser el primero en dar los pasos necesarios para afrontarla. Para él no hay huida posible, ni mutis por el foro, ni suicidio. Como la clase social a la que representa, sabe que tiene que ir inexorablemente hacia adelante a sortear el abismo o a precipitarse en él.

Se afirma que, en contradicción con la rigidez del calendario solar, los siglos mueren y nacen en el momento en que se producen hechos traumáticos, decisivos para la historia de la humanidad que transforman los valores hasta ese momento válidos. Las fuerzas sociales y, por ende, los hombres, adquieren una visión distinta del mundo, una nueva ética. La primera guerra mundial iniciaría así, desde este punto de vista, el siglo XX. En el tramonto de los siglos hay gente que se pierde. Gente formada en un orden de cosas que estaba condenado a desaparecer. Algunos agonizan sin comprender que mueren con un siglo con el que estuvieron visceralmente identificados. Otros son súbitamente aniquilados por su propio círculo social, cuando demuestran su incapacidad para aprehender la nueva realidad. Este es el «Caso Savolta».

LOS PERSONAJES

Savolta-Camp de Deu, el patriarca que domina con la mirada los límites de sus domi-

nios y su brazo ejecutor; el patrón que golpea con una mano y ofrece la limosna con la otra y su perro de presa que enseña los dientes al enemigo; el señor que cuenta a sus obreros como el hacendado sus cabezas de ganado y la imagen proyectada ante los trabajadores de su propio rostro monstruoso: su mister Hyde. Los dos se complementan, se oponen y se sustituyen. Se necesitan y se odian. Y, sin embargo, están juntos aunque cada uno está condenado a ejercer su rol en solitario. Ambos son sustituidos por Leprince-Miranda. El cínico negociador, persuasivo «public relations» en un mundo donde el blanco y el negro empiezan a desaparecer para dar lugar a una amplia gama de grises, dotado para la conspiración, ajeno a cualquier tipo de lealtad, y su secretario privado, gris como la vida misma, capaz de traicionar en silencio y sin estridencias cuando descubre que jamás tuvo vocación de mártir.

Pajarito de Soto, romántico desesperado, ingenuo hasta la fatalidad, profeta sin discípulos, con momentos de patética lucidez que complementa, se opone y sustituye con su propia acción a un personaje colectivo: los trabajadores, a su vez destinados a sustituir-desplazar a todos los demás personajes en el final de una historia todavía sin hacer. Pajarito de Soto muere en una calle, atropellado por un coche que él enfrenta con la misma decisión con que escribió sus alegatos. Su raza, la de los predicadores y maestros que veían a través del tiempo un mundo nuevo sin saber a ciencia cierta cómo llegar a él, moría con la Gran Guerra.

LA HISTORIA

Si desde el punto de vista estrictamente cinematográfico la fuerza y el interés de «La

verdad sobre el caso Savolta» residen en una narración impecable que sostiene la tensión durante todo el film, desde el punto de vista histórico, y es forzoso que hagamos referencia a ello, el interés reside, más que en la fidelidad de Drove a una puntual verdad sobre hechos ocurridos hace sesenta años o al análisis de la Barcelona de los años veinte, siendo ello importante, en que constituye un «ajuste de cuentas», como diría Marc Ferro, del realizador con la sociedad actual.

Parece claro que toda película que reconstruye o narra algún hecho histórico, vale más como testimonio de la época en que fue realizada que como información de la época a la que hace referencia, siendo esto último en casos como el film que analizamos de gran importancia. Imagino a un futuro historiador que recurre a la producción cinematográfica de nuestros años y descubre en ella no sólo la forma en que se miran y se analizan sucesos ocurridos hace cuarenta, sesenta u ochenta años, sino también la receptividad, el interés, la pasión o la intolerancia con que los espectadores, las fuerzas sociales, las instituciones y los gobiernos: la sociedad actual en suma, es capaz de observar las alusiones a su propio pasado. Será posible ver entonces la cantidad de verdad que una sociedad puede tolerar, el límite de lo que se puede decir sin evidenciar situaciones que no han sido superadas por anacrónicas que parezcan que perviven remozadas o aggiornadas.

Tal vez, y por tomar sólo un ejemplo, Javier Miranda con su valiosa pluma en la mano, símbolo de su status de burócrata, siga allí, en la semipenumbra agradable de algún despacho enmoquetado, dispuesto a subir aunque, para ello, tenga que vender su conciencia al precio de una estilográfica. ■

A. G. S.



El Personaje colectivo: los trabajadores.